

EL FOMENTO LITERARIO.

REVISTA SEMANAL.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.

Un mes. 4 reales.

PROVINCIAS.

Un mes. 5 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. Librería de La Publicidad, Pasaje de Matien. — De Cuesta, calle de Carretas. — De la Viuda de Vazquez, calle Ancha. — En la Administración, Jacometrezo, 72.

EN PROVINCIAS. Por carta á la Administración, Jacometrezo, 72, dirigida al director, pagando en sellos de franqueo, siempre adelantado.

Se publica los días 4, 11, 18 y 25 de cada mes.

ADVERTENCIAS.

Los señores suscritores de provincias que deseen no sufrir retraso en el recibo del periódico, se servirán, á la mayor brevedad, remitir á esta administración el importe de su suscripción.

El señor don Lesmes Sanchez de Castro pertenece desde hoy á la redacción de EL FOMENTO LITERARIO.

SUMARIO.

La ciencia, por don José Álvarez Sierra. — Á María, por don Francisco Sanchez de Castro. — Colon, por don Ramon Garcia Sanchez. — Consuelo, por don Eduardo Ortiz y Casado. — Boccaccio, por don Ricardo de Sisti de Leaniz. — Á Sahagun, por don Vicente Nufiez de Velasco. — Florinda, por don Eduardo Ortiz y Casado. — Desvío, por H. — Amor de mujer, por don Manuel Fernandez de Vaquez.

LA CIENCIA.

IMPOSIBLE es recorrer el inmenso horizonte que descubre el epígrafe con que inauguramos esta modesta revista, de que nunca haremos un título para optar á literarias glorias.

Las ciencias, y las artes formando una unidad, una unidad sublime, son el termómetro que marca los grados de cultura que alcanzan los pueblos en la escala de la civilización.

Nace la ciencia en las primitivas edades; se mece en la cuna del empirismo encadenada por la raza sacerdotal; desciende esclava de las montañas del Asia; crece en los santuarios de Thebas y de Memphis al lado de la religion, y con el espíritu in-

vestigador de la Grecia, se remonta en alas de la verdad, al cenit de su grandeza.

La ciencia, esa inagotable mina que nunca concluirá de explotar el hombre, es el más grandioso tesoro que ha podido conceder Dios á la humanidad.

En próspera ó adversa suerte, ora ciñan su sien coronas de laurel y mirto, ora permanezca en el fondo de un claustro envuelta en el manto del olvido, sigue impávida y majestuosa el sendero de las conquistas, mostrando la tierra de promisión, el mundo de lo infalible, el cielo de la verdad, el paraíso reservado en la tierra al sábio, cuya oración incesante ha sido el estudio de las leyes inmutables y eternas, grabadas en ese misterioso geroglífico de brillantes, que en vano intenta descifrar la pequeñez del hombre.

Tantos milagros tiene realizados la ciencia en su carrera triunfal á través de los siglos, que no se pueden enumerar.

A un periodo de florecimiento, sigue otro de decadencia, como si deseansara la tierra del colosal esfuerzo que hizo al producir esos géneos singulares que miran frente á frente á la verdad en su majestuosa belleza, sin que ofusque su vista el fulgor de la ciencia, bien los guíe la antorcha de la razón en el camino de sus investigaciones, bien ayuden sus imperfectos sentidos con el poderoso auxilio de los instrumentos.

El telescopio, mostrándonos en cada estrella el sistema de un mundo maravilloso,

nos obliga á comprender al mismo tiempo que el globo que habitamos es un grano de arena perdido en el desierto de la inmensidad, y el microscopio, por un singular contraste, nos enseña en cada átomo un mundo poblado de seres que llevan impreso el sello de la creacion, un mundo que por su pequeñez hubiera pasado desconocido, si la ciencia no hubiera descorrido el misterioso velo que cubre nuestros sentidos: un mundo invisible del que el Omnipotente hubiera podido formar otro sistema de mundos y animarlos con el testimonio de su grandeza.

La brújula, trazando un camino seguro en la inmensidad de los mares, causa una prodigiosa revolucion. El intrépido navegante surca las ondas del Océano en su débil bagel, sin perder de vista el Norte, ese luminoso faro en cuya luz se presiente la mirada de un Dios, que contempla lleno de regocijo á los que descubren nuevos mundos, cuyas selvas vírgenes, pobladas de animales estraños, vienen á poner de relieve el inmenso poderío, la indisputable grandeza del Creador, que saca al hombre de su pequeñez, engrandeciéndole con un destello de su sabiduría infinita, revelándole un átomo de su divina ciencia para engrandecer las ciencias humanas.

En todas las edades ha brillado más ó menos la ciencia; pero la edad presente ha disipado las tinieblas que impedían contemplarla en toda su majestad.

La antigüedad labró lentamente el pedestal eterno que ocupa la ciencia, presenciando la ruina de tantos y tantos imperios que arrastraron con sus escombros hacia el ocaso civilizaciones enteras, y desde el cual saluda con la verdad á las generaciones futuras que aparecen en el oriente.

Saludemos con santo entusiasmo á esa cariñosa matrona cuya sien ha circundado nuestro siglo con la aureola de la electricidad, y de cuyos piés se eleva una columna de vapor que envolviéndola en un

manto de caprichosas ondulaciones, se eleva al infinito evaporándose como un perfume, como una gracia, como un himno sagrado cuyas vibraciones se pierden en el infinito, cuando llegan á besar la primer grada del Trono de Dios.

Diversos, multiplicados son los caminos que conducen al templo de la ciencia; pero todos son seguros si nos acompañan la constancia y la fé.

¡Dichosos los que son sus apóstoles! ¡Dichosos los que son sus mártires! Que mártires y apóstoles tiene también la ciencia; y más dichosos nosotros si con nuestra humilde pobreza pudiéramos cooperar al engrandecimiento de la ciencia en todas sus ramas y en todas sus esferas, porque esto sería el engrandecimiento de nuestra patria, de esta patria querida á quien siempre consagraremos nuestros afanes y desvelos.

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

Á MARIA.

— Cuando la noche tiende su misterioso manto
Y silenciosas sombras empiezan á reinar,
Yo vuelvo á tí mis ojos y siento dulce encanto,
Tu nombre santo y dulce, *Maria*, al pronunciar.

Y es que tu solo nombre encierra más ternura
Que suaves armonías el arpa de Sion,
Y es que tu solo nombre disipa la amargura
Del apenado y mísero humano corazón.

Do quiera yo contemplo tu imagen seductora,
Tu nombre siempre escucho que dá ventura y paz,
En las rosadas tintas de la risueña aurora,
En la brisa que gime por las hojas fugáz;

En el astro radiante que brilla refulgente,
En los colores bellos del valle encantador,
En el sonoro eco del mujidor torrente,
En los arpaos trinos del dulce ruisenñor.

Do quiera yo te miro, y siempre la armonía
Resuena de tu nombre en derredor de mí,
Y es que natura toda, bendicete, *Maria*,
Su amor y sus encantos rindiéndolos á tí.

También tú sola formas mi amor y mis delicias,
También en tí yo encuentro de mi esperanza el bien,
Y de mi amor te rindo las candidas primicias,
Mirando en tí la imagen de mi perdido eden.

Huyó cual dulce sueño la mística inocencia
En que feliz gozara la dicha que pasó;
Sin tí ¿con qué me brinda amarga la existencia?
Con lágrimas y luto, que con ventura... nó.

¡Oh! sí; yo te contemplo cual madre cariñosa,
Calmando mi quebranto, templando mi dolor;
Y yo en tu nombre bebo cual en fuente abundosa,
Raudal inestinguible de santo y puro amor.

Por eso yo te adoro con efusion ardiente,
Por eso sola eres mi norte y mi fanal.
¡Oh madre del que llora!... Ampárame clemente
Y libra al alma mia de angustias y de mal.

Sé tú el faro brillante, la estrella esplendorosa,
Que guíe el rumbo mio en este fiero mar;
Y cuando débil naufrago en noche horracosa
Tus plácidos destellos me lleguen á salvar,

Sé tú mi amparo y guía; sé tú mi protectora;
A tí sola dirijo mi fé y solicitud:
Haz que siguiendo siempre tu huella encantadora,
Desprecie el vicio horrendo y adore la virtud.

Atiende tú benigna mi férvida plegaria,
Mi súplica recoge, escucha mi cancion;
No dejes que se pierda errante y solitaria,
Mi pecho desolado llenando de afliccion.

Ya sabes que en el valle de lágrimas y abrojos
A todas horas formas del alma el dulce bien;
Pero en la noche, entonces mis oídos y mis ojos
Solo tu nombre escuchan, tu imagen solo ven.

Porque al tender la noche su misterioso manto,
Cuando en las sombras todo sumido va á quedar,
En medio del reposo es mi mayor encanto
Mirarte en el espacio, tu nombre pronunciar.

¡Oh! sí; madre amorosa, del hombre la alegría,
Tu nombre misterioso la dicha me dará;
Por eso en hechizadas y suaves armonías
Siempre tu santo nombre mi lira cantará.

FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

COLON.

I.

Corrian los primeros días del mes de agosto del año 1492. España toda dirigía sus miradas al puerto de Palos, uno de los más insignificantes de Andalucía, pero desde entonces célebre y renombrado. Las gentes, tanto de los pueblos comarcanos, como de los más distantes, acudían en tropel á este punto; y tanto plebeyos como señores, corrían ansiosos á presenciar un suceso nuevo y sorprendente.

Amanció por fin el 5 de agosto del citado año, y

indescriptible. Una multitud entusiasmada se agolpaba á las orillas del sereno mar que mecía con sus azuladas y tranquilas olas tres pequeñas embarcaciones, en las cuales estaba fija la atención de los espectadores. No parecía sino que también el grandioso elemento participaba de la alegría de la multitud y quería animar en su arrojada empresa á los que iban á surcar su líquida superficie, guiados por la sola audacia de un hombre hasta entonces desconocido; de un genovés, llamado Cristóbal Colon.

Mas de pronto hendió los aires el eco del cañon, y á la vez las tres lindas carabelas dieron al viento sus blancas lónas, y un grito de *adios* partió de la apiñada multitud. Triste y conmovedora en verdad era la escena que sucedió á la anterior de alegría y animación. Almirar partir, y quizá para no volverlos á ver, á aquellos 30 nobles y arrojados marineros, á cuyo frente iba el inmortal almirante Cristóbal Colon, no habia corazon que no se sintiese conmovido, ni rostro en que no rodasen lágrimas de ternura y patriotismo.

Y así que las tres embarcaciones desaparecieron en el confuso horizonte del mar, así que el entusiasmo se calmó, el nombre de *Colon* principió á pronunciarse con orgullo por entre las filas de los espectadores; aquel nombre que debia de ser inmortal.

¡Tal vez sería que los corazones adivinaban la gloria que iba á alcanzar!

II.

Ya hacia sesenta y siete días que las naves surcaban el inmenso Océano; ya la duda y el desaliento empezaban á abrigarse en los corazones de todos los tripulantes, hasta el punto de pensar en quitar la vida al que hasta aquel punto les habia conducido; cuando Colon, con ánimo sereno y con sobrada elocuencia, manifestó á la tripulación que ya debían hallarse cerca del fin de su viaje, y que solo pedía tres días de término. Y tanto pudo su palabra en el ánimo de todos, que los tres días le fueron concedidos, y la imponente actitud de los marineros se calmó.

Pasó un día, y al concluirse el segundo del término fatal, al hundirse el sol entre las ondas formando mil caprichosos celajes, en ese momento que acaba el día y principia el crepúsculo, cuando el alma parece subir hasta las gradas del trono de Dios en alas de la oracion, oyóse una voz clara y vibrante, que lanzada desde lo más alto del palo mayor parecía venir del cielo, y que gritó: «¡Tierra, tierra!» Voz grata siempre al navegante, y tanto más en aquellas circunstancias. Y tierra era, en efecto, la que en el horizonte se distinguía. Era, sí, una esperanza realizada, un problema resuelto, un

Al amanecer del siguiente día, el día en que se debía decidir la suerte de Colon, desembarcaron los atrevidos nautas en las *islas Lucayas*. Era el día 11 de octubre de 1492; es decir, 70 días después de su partida.

III.

Ya había descubierto Colon las *islas Lucayas* y las de *Cuba* y *Haiti*, cuando decidió volver á la Península. Su entrada no es posible describirla. De todas partes corrían para admirarle, por todos era victoreado, y en aquellos momentos su nombre inmortal llenaba el mundo entero.

Después de esta hizo otra segunda expedición, siempre con la misma suerte; pero aun le restaban días de prueba. Las envidias hacia su gloria dieron presto su fruto, y el que tantas glorias había proporcionado á su patria, el que buscando un camino más corto para las Indias había descubierto un mundo desconocido, tuvo que volver á dar cuenta de su conducta á presencia de sus soberanos.

En 1498 hizo su tercer viaje, y entonces que fué cuando se convenció de haber descubierto un nuevo hemisferio, entonces que su gloria había llegado al pináculo, por decirlo así, entonces volvió á España, no como la vez primera para recibir plácemes y aclamaciones, ni como la segunda para sincerarse de las calumnias de sus enemigos, sino cargado de cadenas como un vil asesino y para morir pobre y olvidado el día 20 de mayo de 1506. ¡Tal es el poder de la envidia!

IV.

Mas la gloria no muere nunca. Así como el brillante sol logra siempre abrirse paso por entre las nubes, por densas que sean, así los rayos de la gloria penetran á través del olvido y de las pasiones por fuertes que se crean.

Colon, el intrépido navegante, el que recibió por premio en vida la prision y el olvido, se alza después de su muerte tal como es, como un coloso cuyo nombre admira el mundo entero.

El Nuevo Mundo, el mundo que legó á la humanidad, la mal llamada América (1), es el pedestal donde descansa su gloria, y su nombre será siempre el orgullo de la noble España.

RAMON GARCÍA SANCHEZ.

CONSUELO.

Niña, que triste sentada,
Del mar en la roca altiva
Tiernos cantares entonas
Al son de la dulce lira;

Y que cantando derramas
Lágrimas, cual perlas limpidas,
Que surcando por tu rostro
Riegan tus puras mejillas;
Dime tus hondos pesares,
Confíame tus desdichas,
Para que unidos lloremos
De los hados la perfidia.
¿Lloras, quizá, porque alguno
Robó tu amor, triste niña,
O tal vez murió el que amabas
Y solo por él suspiras?
Pues oye: también á mí
Infiel me fué, niña mía,
Aquella á quien yo adoraba,
Aquella que era mi vida.
Y como si tal desgracia
Fuese una desgracia mínima,
Murió, y á un tiempo robome
Amor, esperanza y dicha.
Dime, pues, tus hondas penas,
Hermánalas con las mías,
Que bien pueden hermanarse
Penas del alma partidas.
No los llores en silencio,
No más las ocultas, dímelas,
Y verás como el consuelo
Nuestras almas vivifica;
Y los dos, tristes sentados
Del mar en la muda orilla,
Unidos nuestros suspiros
En alas lleve la brisa.

EDUARDO ORTIZ Y CASADO.

BOCCACIO.

Aunque de una manera vaga y general, vamos hoy á decir cuatro palabras sobre el célebre escritor, el príncipe de los prosistas italianos, el génio que con sus apreciables trabajos y vasta erudición preparó el renacimiento de la Literatura en su país; en una palabra, sobre el gran Juan Boccacio. Dicese que nació en París el año 1315, mas lo cierto es que pasó sus más bellos años en la corte de Nápoles. Nápoles, que en aquellos tiempos era una mansion deleitosa y placentera, llena de atractivos para un hombre cual Boccacio, que era poeta, jóven y amante de los encantos del estudio, al par que de los deleites de la vida, habia de ayudar poderosamente la imaginacion ardorosa de éste.

Puede decirse que entonces, en la corte de las cortes de Italia, en la bella Nápoles, era donde las letras habian establecido su templo y su morada. Aquí fué donde Boccacio vió por vez prime-

(1) América se llama así por un aventurero llamado Americo Vespucio, que recorriendo el camino seguido por

iba á Roma á recibir el laurel del Capitolio, y le fueron dispensados los más grandes honores por el entonces Rey de las Dos Sicilias, Roberto, que con su afabilidad y decidida protección á las letras, queria hacer que olvidasen sus súbditos la avaricia, dureza y arbitrariedades del Gobierno del duque de Anjou. Roberto, pues, queriendo hacer resaltar más el esplendor del mérito del Petrarca, le hizo sufrir un exámen solemne, exámen que duró tres días, al cual asistió toda la corte, y Boccacio le presenció, y Boccacio oyó tambien los entusiasmas aplausos originados por la admiración que el génio del Petrarca sabia inspirar á su numeroso auditorio.

Boccacio vió al Rey en un transporte de júbilo quitarse el manto de púrpura y ponérselo con sus manos al triunfador poeta; esto debia escitar la emulacion en su mente, y tal sucedió. Su célebre *Decameron* fué publicado en 1353; nadie podrá dar idea de la admiración que la lectura de este libro escitaba en toda Italia, en Florencia sobre todo; fué este un triunfo nacional, no se cesaba de elogiar tanta regularidad, tanta elegancia y armonia como la con que de repente se halló revestida la prosa toscana. Gracias á Boccacio, la elocuencia moderna tenia abierto el camino; parecia que se hallaba creado ya para siempre, el modelo del elegante lenguaje oratorio. Después de haber elevado este monumento de la Literatura que por sí solo bastaría para proporcionarle inmarcesible gloria, se aficionó de tal manera al estudio de las, en Literatura, obras maestras de la antigüedad, que empleó el resto de su vida en estudiarlas y hacer que fuesen admiradas por sus contemporáneos; para conseguirlo, visitaba afanoso las bibliotecas, ya de los palacios, ya de los conventos, ó ya de los sabios que poseían los libros que con tanto placer leía. Por todas partes hojeaba, todo lo examinaba, recojia los antiguos manuscritos y los ponía en orden; cuando estos le parecían muy buenos los compraba, fuera cual fuere su precio; mas si no podia pagarlos los copiaba. De esta manera recojió tan gran número de ellos, que parecia imposible que hubiera escrito tanto, aun un copiadór de profesion. (*Baldelli, Vita del Boccacio, pág. 427.*)

Algunos críticos franceses han acusado á Boccacio de haber tomado la mayor parte de sus cuentos de los fabulistas de esta nacion; pero se les puede decir que en primer lugar, nuestro escritor no tuvo necesidad, para conocer, de leer á aquellos autores; la popularidad de que gozaban habria hecho llegar su noticia hasta la alegre corte de Nápoles; y en segundo, que nada importaba la imitacion aunque la hubiera, pues nadie le puede negar el derecho que tenia de apoderarse de estas tradicio-

si no en todo superiores á las antiguas, al menos en todo diferentes.

Por fin, se distinguieron tambien por aquel tiempo en Italia los hermanos Villani, Juan, Mateo y Felipe, este último muerto en 1364, y al cual se debe una biografía escrita en latin de los hombres ilustres de Florencia.

RICARDO DE SIST.

A SAHAGUN.

Ni la vega de Granada,
Ni de Nápoles el suelo,
Ni de Andalucía el cielo,
Podrán nunca competir,
¡OH SAHAGUN! mi villa amada,
Con tus fértiles llanuras,
Con tus luces siempre puras,
Con tu cielo de zafir.

Tus sombrías alamedas
Son las mágicas moradas
Do los génios y las hadas
Habrán siempre de habitar;
Tus brisas suaves y ledas
Asemejan leve el ruido
Que escuché cuando he podido
Con los ángeles soñar.

El retazo más hermoso
Del hermosísimo manto
Con que Dios cubre su encanto
A la vista mundanal,
Es tu techo esplendoroso
De magníficos colores
Que en la aurora son labores
De morada celestial.

Los gorjeos de tus pájaros
Asemejan los suspiros
De la maga que en mil giros
A algun génio pida amor;
Al arrullo de tus tórtolas
Se aduermen los corazones
Para encontrar ilusiones
En su acento seductor.

De tus arroyos la música
Juguetera y bullidora
El corazón enamora
Con su suave murmurar;
Y el dulce y alegre cántico
De tus bellas campesinas
Al quebrarse en tus colinas
Parece decir: — Amar.

Tan hermosos como el cielo.
Que Mahoma, á los que adoren
A su Dios, para que moren
Ha ofrecido, ó más aun,
Son de tu abundoso suelo
Los magníficos pensiles,
Do brotan flores gentiles
A millares ¡OH SAHAGUN!

En tí el Señor ha arrojado
Fecundizante semilla,
En tí, SAHAGUN, siempre brilla
La más espléndida luz;
Si algun poeta ha mirado
Tu campiña fértil, rica,
Al mirarla te dedica
Un himno de su laud.

En las ruinas de tu célebre
Memorable monasterio,
Cree el oído aun del salterio
Escuchar el sacro son;
Y al gemir el aura rápida
Por sus molduras ya rotas,
Mil sensaciones ignotas
Acuden al corazón.

Si se recorre tu historia
El corazón se engrandece,
Porque siempre la embellece
Algo sobrenatural;
Algo también de su gloria
A tí te debe la España:
Cada flor tuya, una hazaña
Representa de su anal.

Si yo contemplo tu Oca
En su linfa cristalina,
Creo ver alguna ondina
Que voluptuosa al surgir,
El suelto cabello ondea,
Y te bendice, y te mira,
Regocijada suspira
Y te vuela á bendecir.

Sin duda al crear el mundo
Teniéndole en su regazo
El Señor, algun pedazo
Del paraíso cayó;
Y eres tú que sin segundo
Hermoso pueblo, te ostentas,
Y que aun la vida alimentas
Que al primer hombre Dios dió.

Que en tus auras, en tus flores,
En tus linfas, en tus prados,
En tus bosques tan callados
Aun se llegan á entrever,
Los bellísimos primores
Del celeste paraíso,
Con que Dios al hombre quiso
Dar su ciencia á conocer.

Quando noche melancólica
En sí te haya sumergido,
Te presentas como el nido
Donde mora el ruiseñor,
Que escondido entre los árboles
Y rodeado de flores,
Espera que los albores
Le inspiren canción de amor.

¡AY SAHAGUN! Si yo tuviera
El gran génio del poeta
Cual lo desea mi inquieta
Ardiente imaginación,
¡Cuán alegre y placentera!
¡Cuán cordial y entusiasmada,
A tí, mi villa preciada,
Dirijiera mi canción!

¡Mas hoy... solo te saludo
Con la efusión y alegría
De qué puede el alma mía
Ser como nunca capaz.
Envidiando á aquel que pudo
Esperar que tu aura leve
Su postrer suspiro lleve
A la mansion de piedad!!

V. NUÑEZ DE VELASCO.

FLORINDA.

EPISODIO HISTÓRICO

POR EDUARDO ORTIZ Y CASADO.

I.

Toledo, la antigua corte goda, duerme sobre su lecho de rocas arrullada por el Tajo y envuelta entre sombras densas. Cruda y por demás tenebrosa es la noche. El viento, silbando impetuosamente, agita los árboles de la Vega, produciendo un sonido fuerte é interrumpido. Gruesas gotas se desprenden de las negras y espesas nubes que cubren la bóveda celeste. El Tajo, impulsado por el huracán en su corriente, lanza un ruido sordo y continuado al marchar por su duro cauce. La naturaleza se agita; la ciudad duerme: Toledo vace con el silencio de la

muerte. Solo de vez en cuando se suele percibir el grito de alerta lanzado por el atalaya godo desde la muralla, pero á causa del viento parece más de un ser sobrenatural que de humana criatura.

Mas la poterna del torreón del puente se abre y dá paso á un ginete que se dirige al galope hácia la Vega, perdiéndose por una senda estrecha y tortuosa. ¿A dónde podrá ir? Priesa grande debe tener para atreverse á caminar en tal noche y á tal hora.

II.

Embozado en su larga capa y clavando el duro acicate á su ligero corcel, atraviesa el desconocido la solitaria vega sin cuidarse, al parecer, de la crudeza de la noche.

Después de un rato de no interrumpida carrera, y al trasponer un montecillo, desde el cual se divisa una mole negruzca y elevada que por su forma parece ser un castillo, detiene el ginete su acelerada marcha, y lanzando un agudo silbido, espera algunos instantes. Otro silbido semejante responde al suyo, y al propio tiempo sale de entre los matorrales un segundo embozado, á la vista del cual el ginete echa pié á tierra.

—Ferranz,—esclama en voz baja;—¿Has cumplido mi encargo?

—Cual lo mandásteis, señor;—responde el interpelado.

—¿Y has visto á alguien;—añade el primer desconocido con voz apenas perceptible por la emoción.

—Nadie, señor, ha entrado.

—Está bien; véte y espérame en la ermita.—Y diciendo esto el caballero (pues tal parece), se pierde entre la espesura, y Ferranz marcha en contraria dirección, llevando del diestro el corcel.

III.

En un gótico salón, ricamente alhajado y muellemente recostada en un sitial, se encuentra á la hora en que pasa la anterior escena, una jóven de celestial hermosura. Sus ojos negros como el azabache semejan dos hermosos luceros. Los rayos que despiden, velados por negras y largas pestañas, traen á la memoria los rayos del sol al ser interrumpidos por transparentes nubecillas. En sus labios rojos, más aún que el coral, aparece una voluptuosa sonrisa, y al entreabrirse descubren dos hileras de finas y menudas perlas. Su pelo negro y ondulado, contrasta con la blancura de su cutis, que aventaja á la de su mismo vestido, y el cual deja ver el nacimiento de su cuello de cisne.

En los agitados movimientos de su seno, en sus ardientes miradas y en la sonrisa de sus labios, se puede conocer el estado de su corazón.

En su blanca mano oprime convulsivamente un pergamino, y de vez en cuando, saliendo de su éxtasis, golpea el suelo con su diminuto pié.

—¡Oh, cuánto tarda!—esclama por fin rompiendo el silencio.—Pero aquí bien claro lo espresa.—Y leyendo en voz alta el pergamino, prosigue: «¡Mi Florinda, mi luz, mi vida! El Dios del cielo te premie la felicidad que has proporcionado á mi alma. Recibí la llave de la puerta secreta de tu cámara, es decir, la llave de tu virgen corazón. ¡Adios, milucero, hasta la media noche, que me hallarás á tu lado para decirte á mi placer: ¡Cuánto te amo Florinda!—D. Rodrigo.» ¡Oh, infame, y cómo has sabido valerte de mi debilidad!... Pero nó, te adoro demasiado para negarte nada. Me has pedido mi honor y te le doy. Si la vida me hubieses pedido, la vida te hubiera sacrificado del mismo modo. Mas tú eres noble, tú serás mi esposo, tú me lo has prometido, y un rey no puede faltar á su palabra.

Pero... ¡Dios mio! ¡esto es infame! ¡Engañar así á Pelayo que me adora y á quien tanto amé!... Nó, nó, yo se lo diré todo... todo... ¡Ah! Maldita la hora en que te ví, D. Rodrigo. Sí, yo era feliz sin tu amor: Pelayo me amaba y con esto solo era dichosa; pero desde que te ví tan hermoso, tan valiente, tan noble, no pude resistir á tus para mí apasionadas miradas, y engañé á Pelayo, y engañé á mi padre, y hoy me pides mi honra y hoy te la doy. ¿Qué más quieres que mi felicidad y mi honor?

Mas antes de decir la jóven las últimas palabras, se destaca de la pared una puerta oculta, y una sombra entra silenciosamente en la estancia, se queda parada detrás de la jóven, y al concluir esta su monólogo:

—Tu amor, solo tu amor,—esclama con voz argentina y apasionada, y aparece á la luz de la lámpara un hermoso doncel ricamente ataviado, á cuya vista grita la jóven con desfallecido acento:—¡Rodrigo!

—Sí, mi Florinda,—responde este, cayendo de rodillas á sus piés y besando su mano con ardor.

IV.

Mas volvamos al desconocido caballero. En silencio y apresuradamente marcha por entre los espesos matorrales que rodean el castillo, y al fin se para ante el negro muro, emboscándose entre el oscuro follaje. De este modo permanece por algun tiempo, hasta que al fin esclama:—¡Oh, bien decia yo! No era creíble. ¡Mi Florinda engañarme; mi Florinda, tan pura como bella, amar á otro! No, no es posible. ¡Juro á Dios que el paje que tal noticia me dió se ha de acordar de mí!... Mas ¿qué interés podría tener en inventar tal impostura? Pensemos, pensemos en

sus palabras. «Señor,—me dijo;—mi señora me ha dado en secreto una llave que debe ser de alguna entrada desconocida, para que con la mayor cautela se la entregue al Rey en persona. Yo, señor,—añadió,—os debo la vida; así que no he dudado un solo momento en advertiros que os es infiel, según parece, la dama que tanto amais.» Sí, estas fueron sus expresiones, y aun añadió que en el muro de Occidente creía haber oído que existía una puerta secreta que daba entrada al castillo, pero que de esto no estaba seguro.

Mas nó; todo es falso, todo son suposiciones absurdas de ese tierno paje que, como niño aún, cree ver un suceso de gran trascendencia en el hecho más insignificante. Sí, mi Florinda me es fiel. Mi Florinda es honrada. ¡Vergüenza me causa haberme atrevido á dudar un solo instante de ella que es un ángel!

Mas no bien acaba de decir esto, un ruido imperceptible se oye entre el ramaje, y un bulto negro se adelanta presurosamente hácia la muralla. Trémulo de ira y con el corazón desgarrado marcha hácia él el caballero espada en mano, mas al querer huir el homicida acero en la al parecer fantástica sombra, desaparece esta en el espesor del muro, y la tizona del caballero solo encuentra la dura piedra.

Un ¡ay! desgarrador se escapa del pecho del desconocido: un ¡ay! que llora la muerte de una esperanza, la muerte de un corazón. Un ¡ay! que encierra en sí toda una sublime y estensa elegía.

—¿Conque... era cierto?—suspira más bien que habla el caballero.—¿Conque... Florinda?... ¡Oh, Dios mío, Dios mío, dadme fuerzas para vengarme!

Y recojiendo la espada que se había caído de sus manos, con paso seguro y ánimo sereno, al parecer, se pierde entre las sombras de la noche. ¡Desgraciado! ¡la demencia es el primer síntoma de las heridas del alma!

Y al propio tiempo un ángel con blanca túnica y triste semblante sale del castillo y tiende su ligero vuelo hácia la celeste mansión, llevando en sus manos una marchita corona de vírgen.

(Se continuará.)

DESVÍO.

Licio y Nemerose
Son dos pastorcillos,
Que cantando alivian
Sus pechos heridos.
Por la flecha aguda
Del alado Niño,
Por la bella Tarsis
Sufre penas Licio;

Y el buen Nemerose
Por la altiva Clio;
Y á la fresca sombra
Del álamo antiguo,
Con sencillos cantos
Y tristes suspiros
Entrambos deploran
Su adverso destino.
Es Tarsis hermosa,
De rostro benigno,
Azules sus ojos,
Cual cielo de estío;
Y blanco su cutis,
Más aún que el armiño;
Dulzura mostrando
Su todo divino.
De Clio el retrato
Es todo distinto;
Pero no más bella
Que Tarsis es Clio.
El rostro de aquesta
De gracia es prodigio;
Son negros sus ojos,
De espléndido brillo;
Su cutis moreno,
Su mirar altivo,
Desdén mostrando,
Su rostro hermosísimo.
Y ambas zagalejas
Con fiero desvío,
Desprecian traidoras
Los tristes gemidos
De los dos pastores
Que en llanto continuo
Los nombres repiten
De Tarsis y Clio.

H.

AMOR DE MUJER.

Es la mujer en su amor
Como la flor orgullosa,
Que fresca, altiva y hermosa
Su aroma esparce en redor.
En el juvenil ardor
Por ella el hombre engañado,
Su belleza entusiasmado
Quiere del cierzo librar,
Mas triste al ir á tocar
Siente su aguijón clavado.

MANUEL FERNÁNDEZ DE VÁZQUEZ.

Editor responsable: D. FLORENTINO ESTEBAN RODRIGUEZ.

MADRID: 1864.—Imp. de LA IBERIA, á cargo de J. Rojas,
calle de Valverde, 16 y 18.